



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

2018

Michelle Villanueva Mejía & Mario Orozco Guzmán

UNA VIOLENCIA INMANENTE AL SUJETO

Revista Affectio Societatis, Vol. 15, Nº 29, julio-diciembre de 2018

Art. # 12 (pp. 250-272)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

UNA VIOLENCIA INMANENTE AL SUJETO

Michelle Villanueva Mejía¹

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (umsnh), México

mzzvillanueva@gmail.com

ORCID: 0000-0003-2794-1612

Mario Orozco Guzmán²

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (umsnh), México

orguzmo@yahoo.com.mx

ORCID: 0000-0001-5365-9966

DOI: 10.17533/udea.affs.v15n29a012

Resumen

A lo largo de este artículo pretendemos profundizar en el concepto de la violencia, partiendo de la hipótesis que al igual que el sujeto, la violencia es efecto del lenguaje. Una exploración teórica de índole psicoanalítica que tiene como fin el abordaje de la construcción subjetiva del yo y su anclaje con la violencia, construcción que determina la relación con otro

(semejante) y con la muerte, construcción que parte del Otro. Para su desarrollo partiremos de planteamientos freudianos como la pulsión, la identificación y el narcisismo. A su vez haremos un recorrido por los complejos familiares, propuestos por Lacan, para hacer una descripción de la construcción que trae con ello una estructuración en la relación

-
- 1 Egresada de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en el año 2016. Actualmente laborando en la Secretaría de Seguridad Pública del Estado de Michoacán ejerciendo labores de orden psicológico en el Departamento Jurídico. Participación en Estancias de Investigación en los Proyectos: "Posiciones subjetivas narcisistas. Una exploración Psicoanalítica de su intolerancia y repercusiones violentas", en el Verano de Investigación Nicolaita de la UMNSH (2015) y en el proyecto: "Escrituras de lo Real. La Intolerancia como acontecimiento. Fundamentos teóricos y abordajes clínicos de su orden Testimonial", en el Verano de Investigación Nicolaita de la UMNSH (2016).
 - 2 Profesor e investigador de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMH). Miembro de Espacio Analítico Mexicano. Licenciatura y maestría en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ). Doctorado por la Universidad de Valencia, España. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI).

con el semejante, la aparición primaria de la violencia que germina en la infancia y determina al sujeto.

Palabras clave: violencia; subjetividad; psicoanálisis; familia; cultura.

A VIOLENCE IMMANENT TO THE SUBJECT

Abstract

This paper aims at delving into the concept of violence, with the hypothesis that, just as the subject, violence is an effect of language. It is a psychoanalytical and theoretical exploration in order to approach the subjective construction of the ego and its anchoring to violence, a construction that determines the relationship with the other (counterpart) and with death, a construction that begins in the Other. Freudian notions such as

drive, identification, and narcissism are considered in this development. It also looks over family complexes, proposed by Lacan, to make a description of the construction that entails a restructuring in relation to the counterpart, the first emergence of violence in childhood and that determines the subject.

Keywords: violence, subjectivity, psychoanalysis, family, culture.

UNE VIOLENCE IMMANENTE AU SUJET

Résumé

Cet article vise à approfondir le concept de violence, basé sur l'hypothèse que, comme le sujet, la violence est effet du langage. Il s'agit d'une exploration théorique de nature psychanalytique dont le but est d'étudier la construction subjective du moi et son ancrage dans la violence. Cette construction détermine la relation avec autre (semblable) et avec la mort. Des postulats freudiens tels que la pulsion, l'identification et le

narcissisme serviront d'appui aux réflexions ici proposées. L'on regardera également les complexes familiaux proposés par Lacan, dans le but de décrire la construction qui entraîne une structuration dans la relation avec le semblable, l'apparition primaire de la violence qui germe dans l'enfance et détermine le sujet.

Mots-clés : violence, subjectivité, psychanalyse, famille, culture.

Recibido: 28/3/2017 • Aprobado: 28/6/2017

Desde la teoría psicoanalítica, el concepto de violencia va más allá de un acto o del uso del poder. La violencia desde esta visión implica una posición de sujeto en su intrincada y paradójica adaptación a lo social. Antes de ser un acto, es *condición* de sujeto, de aquel que está inmerso en la cultura que también lo constituye y determina. Cultura que en la actualidad se ve atravesada por la globalización y sus discursos, trayendo como consecuencia una relación particular con la imagen. El sujeto del que aquí hablamos dispone de un lenguaje, parte de un recurso simbolizante en la relación con los otros y el entorno en general. Al compararlo con otras especies de seres vivos notamos que es el ser humano el único poseedor de una consciencia de sí mismo y de los otros que constituyen un mundo y un nudo de relaciones; por lo tanto, es el único que puede sostener relaciones de horror, tortura y crueldad consigo mismo y con sus semejantes.

El avance tecnológico nos permite ver una violencia cuya complejidad alcanzada advierte sobre problemáticas inéditas en su inserción social; los recursos tecnológicos, como signos de avance científico, no escapan a su implementación en escenarios de violencia. Los teléfonos celulares, por ejemplo, representan algo más que un medio de comunicación; representan una memoria actuante y vigente del saber científico, han hecho caducos los diccionarios y las enciclopedias. Pero su uso con fines delictivos, criminales y hasta terroríficos los hacen pensables como armas: “La alta tecnología emplea las armas del débil. Combina el abatimiento con la perfidia, la velocidad con el engaño, la fuerza con la astucia” (Sofsky, 1996, p.42).

La violencia aísla, deshumaniza, frena el desarrollo civilizatorio, pone sitio a las libertades, mutila física y anímicamente, eleva preguntas a las alturas de lo inexpugnable y es, en síntesis, la distopía perfecta (Monsiváis, 2009, p.50). Sin embargo, no se puede entender lo humano ni la civilización sin la presencia de la violencia. En la actualidad encontramos instituciones encargadas del estudio y tratamiento de la violencia, la cual se significa como ruptura de nexos estrechos de convivencia y entendimiento con los otros. Nuestro trabajo implica, entonces, adentrarnos en la temática desde la perspectiva psicoanalítica con el fin de ampliar su abordaje reflexivo, para lograr el entendimiento del entretejido estructural sujeto-violencia.

La violencia a la que hacemos referencia es una característica de singularidades subjetivas y colectivas que se construyen dentro de los diversos entornos sociales y de una formación identitaria que va desarrollándose en un entramado de palabras y discursos que cifra las condiciones de una cultura. La violencia, finalmente, pertenece al campo de lo real, sea que se manifieste en un espacio de sinsentido, o que integre la idea del sentido absoluto, lo cual la pondría en relación con el campo de la psicosis. Las certidumbres absolutas llegan a imponer y justificar actos violentos al responder a argumentos enteramente cerrados. A este tipo de violencia la definió Wieviorka (2005) como de hipersujeto, y donde el sentido está “omnipresente, superabundante” (p.294); semejante a lo que dice Lacan (1990) del delirio como un discurso “irreductible, no manejable” (p.190). Sin embargo, el discurso que puede justificar y hacer imprescindible el acto violento resulta a menudo arduamente manejable.

Violencia y complejos familiares

La violencia surge desde el momento en que el gran Otro, sitio fundante de la palabra, nos impone la entrada al mundo humano; a partir de dicha entrada, se establece una vida sujeta a ciertas particularidades de sentido en relación con los objetos y a ciertos vínculos que delimitan la organización social y dan pie al fomento del goce, de ese más allá (del principio de placer) del dominio de las palabras. Lacan enuncia que:

(...) la familia aparece como un grupo natural de individuos unidos por una doble relación biológica: la generación que depara los miembros del grupo; las condiciones de ambiente, que postulan el desarrollo de los jóvenes y que mantienen al grupo, siempre que los adultos progenitores aseguren su función. (Lacan, 1938/2003, p.13).

Cualquier sujeto que ingrese a la vida social, a lo considerado “humano”, lo hará bajo el discurso de la institución familiar, sea cual sea la composición de la familia y las personas que la integran. Podrá ser una

familia que incluye padre, madre e hijos, o ser sólo una madre en lazo de filiación con una criatura que ha gestado. El sujeto con su nacimiento reedita el sometimiento del ser humano al régimen de lo simbólico:

El ingreso de la cría humana en el orden simbólico que da vía a la estructuración psíquica, acude a la violencia para aludir al trazo que inscribe nombrando y otorgando un lugar y que, así mismo, marca un cuerpo. Es la huella imborrable que inscribe en el orden del lenguaje, humanizando, por tanto, dando posibilidad al desasimiento respecto del plano meramente biológico. Se trata del sometimiento que hace advenir en lo simbólico. (Castro, 2005, pp.35-36).

La familia es la primera institución que nos forma bajo este régimen que también está estructurado por reglas, ideales, expectativas, modos de vivir; en fin, por características que organizan un universo de sentido en la formación del yo. Los límites del sujeto se forman aquí, donde un grupo define un sentido de existencia y de relación con los objetos y las ideologías: "Se debe comprender a la familia humana en el orden original de realidad que constituyen las relaciones sociales" (Lacan, 1938/2003, p.25). El sujeto desde su concepción depende absolutamente de un otro para sobrevivir; esta dependencia total supone, del mismo modo, la formación de una estructura que soporta la transmisión primordial de un lenguaje cuyo alcance va más allá de un simple lazo de sangre o biológico. El desvalimiento, en las condiciones de origen del ser humano, se compensa con los cuidados que este otro brinda. Sobrevaloración del otro y desvalimiento de la criatura son una dualidad básica ante el encuentro con necesidades urgentes que el mundo exterior no garantiza atender. Más allá de la consanguinidad aparece la injerencia de la cultura y el discurso moldeando las primeras condiciones vitales. La criatura es asistida por el otro, por el ser materno, en la medida en que porta un sentido y valor subjetivo. Freud (1914/2006) aludía a un sentido y un valor narcisista, la extensión de la valoración narcisista de padres a hijos es como una envoltura que protege a la criatura de la violencia del desamparo.

La estructura familiar es sumamente compleja, está marcada por lazos imaginarios y simbólicos que la organizan, dando lugar a su funcionamiento, a jerarquías y formas de interacción no necesariamente recíprocas. El lugar en que emerge el sujeto es el lugar donde

se funda y germina la violencia, violencia instituyente de ciertos tipos de subjetividad. Se enfatiza la violencia que destituye la subjetividad del otro, de la víctima, y de su agente, pero también se puede insinuar la violencia que cimienta la subjetividad del deseo. Esa es la violencia que se inscribe simbólicamente en la prohibición del incesto, la violencia que instaura un límite que impide al sujeto el acceso al goce materno que es igualmente violento en su poder desquiciante.

Lacan describe la construcción subjetiva en función de tres complejos secuenciales: el complejo del destete, el complejo de intrusión y el complejo de Edipo. Plasma la realización de una antropología de la familia (Zafiropoulos, 2002) y una aplicación de la experiencia del psicoanálisis para dar cuenta de lo concreto de su basamento, especialmente cuando se aplica a los hechos de “la familia como objeto y circunstancia psíquica” (Lacan, 1938/2003, p.25). Los complejos, estructurantes del orden familiar ligado a la cultura, partiendo de Lacan, se entenderían como algo que “une en una forma fija un conjunto de reacciones que puede interesar a todas las funciones orgánicas, desde la emoción hasta la conducta adaptada al objeto” (p.26). Los complejos y las pulsiones reproducirían *algo* de la realidad que vive el sujeto, estarían regulados por factores culturales y su forma sería representativa de un momento determinado de la demanda dirigida al Otro o proveniente del Otro, como instancia simbólica primordial: “Lo que define al complejo es el hecho de que reproduce una cierta realidad del ambiente y lo hace de forma doble” (p.16). Por su aspecto formal, el complejo representa la diversidad de la realidad; por su aspecto activo, el complejo se inserta de manera repetitiva en la realidad.

Los complejos, por tanto, ejercerán en el sujeto su dominio sobre la conciencia, pero el elemento central del complejo es inconsciente y se conoce como *imago*: “En su pleno ejercicio, el complejo corresponde a la cultura, consideración esencial para todo aquel que intenta explicar hechos psíquicos de la familia humana” (Lacan, 1938/2003, p.27). Cada momento del complejo supone una crisis y, por tanto, una eventualidad de violencia en sus condiciones y desenlace.

El primer complejo, llamado del destete, no se reduce a la suspensión de la lactancia en las relaciones primordiales de crianza, no

es únicamente en términos de lo orgánico-funcional; más bien hace referencia a una condición psíquica primaria de separación. El complejo pone en juego las vivencias que movilizan al sujeto en una fantasmática marcada por el desprendimiento del sentido extático de la vivencia del “todo” inscrito en la imago del seno materno.

La criatura dentro del cuerpo materno se encuentra en un estado de supuesta homeostasis ideal. Se establece un mito de ausencia de demanda, pues no habría experiencia de falta. El estado intrauterino implica entonces un fantasma de plenitud. Ese estado no puede perdurar, aunque a veces algunas mujeres lleguen a idealizarlo. Una primera forma de castración, que Dolto (2008) caracteriza como umbilical, tiene que advenir; ella sitúa ya una experiencia de violencia de la que participan tanto madre como criatura; empero, la lactancia parece que vendría a intentar dar continuidad a esa impresión de plenitud. Se pone en juego la primacía de la imago del pecho materno, respecto de la cual el sujeto se encuentra en una condición extensiva de dependencia parasitaria; sin la asistencia de la madre, la criatura no sobrevive por su propia cuenta, lo cual tiene como consecuencia esa vivencia de proximidad entre muerte y dependencia absoluta. Por ello en algunos casos Lacan (1938/2003) habla, sobre todo, de ciertas situaciones de anorexia y toxicomanía en las que el sujeto puede buscar en la muerte “reencontrar la imago materna” (p.41).

La presencia de la madre en función de espejo hace que el bebé tenga una noción de su propio ser en un *continuum* imaginario; su ausencia lo inquieta marcando un eje de discontinuidad a nivel del propio ser. Su presencia, incluso compendiada en su rostro, da cuenta de una certidumbre vital. “Traumático o no, el destete deja en el psiquismo humano la huella permanente de la relación biológica que interrumpe” (Lacan, 1938/2003, p.32). Freud (1905/2006) ya lo había reconocido al constituir la idea de aparato psíquico a partir de la inscripción de las huellas mnémicas primordiales en relación con la vivencia de satisfacción, trazos que dejan como saldo una presencia perdida.

La idea de que el ser humano nace en una condición prematura biológica tendría como consecuencia experimentar un cuerpo insostenible sin este Otro como soporte vital. Se trata de una impresión de

desgarramiento corporal. El bebé tendrá la tarea de seguir el camino de la subjetivación mediante la sublimación de la imago materna, trasladando la idea de la fusión con la madre a la del grupo social, como lo llega a sugerir la obra de René Kaës. La fragmentación corporal se constituye, sin embargo, como el costado en lo real del imaginario del todo maternal. Esa fragmentación encarna una impresión primordial de violencia a nivel del ser propio y/o del otro.

Posterior al complejo del destete aparece el de intrusión. Con él, Lacan propone que desde el origen hay una tensión agresiva inherente al vínculo con la imagen del semejante. Es la violencia de los celos fraternos: “La percepción de la forma del semejante como unidad mental se relaciona, en el ser viviente, con un nivel correlativo de inteligencia y sociabilidad” (Lacan, 1938/2003, p.52). En esta etapa la criatura comienza a sentirse fuera de esa fusión con la madre, en razón de ese intruso que introduce una dimensión tercera. La criatura, después de vivir la condición interoceptiva de fragmentación, comienza a través de este complejo una experiencia distinta que hace tambalear cierta certidumbre en relación con el vínculo materno. “La unidad que introduce en las tendencias contribuirá a la formación del yo. Sin embargo, antes de que el yo afirme su identidad, se confunde con esta imagen que lo forma, pero que lo aliena de modo primordial” (Lacan, 1938/2003, p.56). La imagen del otro en este complejo es formativa pero alienante, confusa pero constitutiva del yo. El otro, en esta situación de alienación especular, participa de relaciones de alarde, seducción y despotismo, como lo señala Lacan, relaciones que pueden fincar una especie de escenarios imaginarios de violencia.

El complejo de intrusión, donde se sitúa el estadio del espejo, da cuenta de una dinámica de reconocimiento del cuerpo propio que configura una unidad inexistente en el complejo de destete. Esta imagen en el espejo, la imago del semejante, es vivenciada como intrusiva en la propia relación amorosa e identificatoria que sostiene con la madre. El intruso, el que se suma a esta relación primaria vía la imagen, pone en juego el mecanismo de los celos que, según Lacan, será “el arquetipo de todos los sentimientos sociales” (1938/2003, p.44). Para Lacan, los celos, en su base, no representan una rivalidad vital sino una identificación mental (p.45). La identificación es conocida

por Freud como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo (Freud, 1921/2006, p.99). La identificación, en principio, es agresiva, celosa. Es decir, hay componentes violentos en la formación de este yo que se capta en el semejante especular con gran tensión alienante. Los celos son vector de la *agresividad primordial*, que es imaginaria y dirigida al otro que irrumpe en la relación, al otro-invasivo. Los celos instauran esa triangulación donde sujeto, semejante y objeto apetecible del deseo están en una dinámica formativa del yo y su alteridad.

Esa imagen del otro es parte de una estructura narcisista donde oscila la forma de relación con una imago del semejante (una relación de identificación, de amor, de odio, de alienación) incitando su fondo pasional. Lacan señala: “El yo se constituye al mismo tiempo que el otro en el drama de los celos” (Lacan, 1938/2003, p.57). Pero dicha imagen participa de una ilusión, puesto que la relación que aquí se enmarca sigue siendo afín a un mundo de orden especular, de espejismos. Lacan refiere una estructura narcisista:

Estructura mental con el pleno sentido del mito de Narciso, tanto si ese sentido indica la muerte —la insuficiencia vital de la que ha surgido ese mundo—, o la reflexión especular —la imago del doble que le es central— o la ilusión de la imagen; de todas maneras y en todos los casos, ese mundo, como lo veremos, no contiene al prójimo. (p. 56).

Ese mundo contiene al sí mismo, a la imagen propia que mediante la ilusión especular se considera como (de) otro.

El drama de los celos culmina muchas veces en crímenes contra el supuesto intruso en una relación amorosa, culmina en la violencia contra el tercero-invasor. Es una violencia más con relación al narcisismo que a la pulsión de muerte. Permite entender algo de este odio a los extranjeros como terceros intrusivos: “los que habrían debido permanecer en sus casas” (Sibony, 1998, p.207); sin embargo vienen a meterse en nuestra casa, como el asaltante o el ladrón que viene a quitarme a mi mujer, me despojan de aquello que más quiero y de aquello que considero como más propio. El que se desprende de su

origen y viene a meterse a mi casa me hace evocar el desprendimiento del origen: “nuestra desinserción revela la suya; somos, los unos y los otros, hijos de una misma exclusión, la misma desinserción originaria” (p.207). El extranjero puede recordar la privación originaria de mi origen familiar; por eso su presencia en sí misma me genera violencia.

Los complejos son factores de la violencia entendida desde la constitución de la subjetividad. El complejo de Edipo sitúa al intruso-despojador en la figura de la imago paterna. En realidad no es un intruso, pues se presenta ante el niño sosteniendo, indica Lacan (1999), un derecho, pero también “como el agente de la prohibición sexual y el ejemplo de su transgresión” (Lacan, 1938/2003, p.63); promueve el límite cultural para la evitación del goce incestuoso y es representante de este goce como una prerrogativa. Su presencia puede concebirse como violencia por la amenaza (de castración), que sugiere Freud sobre la posesión fálica como atributo narcisista; encarna una amenaza a una condición narcisista del sujeto. Para las niñas impone, por su imagen de ideal fálico, la posibilidad de resarcir un daño igualmente narcisista. Entonces se advierte cómo es impensable la violencia sin las condiciones subjetivas en las cuales se inscribe de entrada. Las intensas sacudidas al narcisismo pueden hacer entrever a la castración como una experiencia de violencia cuyo agente es el padre en tanto imago del complejo edípico; imago incisiva y decisiva, de “padre terrible” (Lacan, 1999, p.173).

Violencia pulsional

La OMS (Organización Mundial de la Salud) (2002) define la violencia como: “El uso intencional de la fuerza o poder físico, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad que cause o tenga muchas posibilidades de causar lesiones, muerte, daño psicológico, trastornos del desarrollo o privaciones” (p. 3). Desde la teoría psicoanalítica, empero, la violencia no puede reducirse a un ejercicio de poder. Aunque es un sentido destacado para apreciar el hecho de que el poder, en su dimensión política, en su inagotable

esfuerzo de dominio, no puede evitar el recurso a la violencia, conviene aclarar que este es siempre un poder sobre otro u otros a los que somete e incluso destruye física o moralmente. Empero, el gesto de poder puede consistir en una amenaza, en una advertencia vertida en palabras que buscan producir miedo, parálisis, huida, acorralamiento; se erige como gesto de odio que, en su desarrollo efusivo, llega a confundirse con la corriente pasional del amor:

“Si el amor aspira al desarrollo del ser del otro, el odio aspira a lo contrario: a su envejecimiento, su pérdida, su desviación, su delirio, su negación total, su subversión. En este sentido el odio, como el amor, es una carrera sin fin” (Lacan, 1981, p.403).

Sigmund Freud tuvo a lo largo de su construcción teórica un interés fundamental por la agresividad y la violencia humanas. Partiremos entonces de la idea que cualquier manifestación violenta da cuenta de la existencia de lo que Freud designa como pulsión de muerte. En su estudio *Más allá del principio de placer* (1920/2006), propone esta coerción interna a volver a un estado de descomposición orgánica del ser, la misma se destina, parcialmente, hacia afuera para que no aniquile la vida humana desde dentro. La pulsión de muerte, a diferencia de las de vida, no posee sistema representacional que implique ligazones entre diversas representaciones:

Las pulsiones de muerte se caracterizan por carecer de representación residual de relaciones eróticas con el otro. Son propias de un cuerpo no alertable por el deseo. Las pulsiones de muerte incitan regularmente al sujeto a retirarse de toda imagen erógena, como en el sueño profundo, como en el desvanecimiento que sucede a una emoción intensa. (Dolto, 2008, p.31).

Lo que vale para sí mismo puede valer para el otro. Es decir, las pulsiones de muerte desligadas del deseo y de Eros ahuyentan al otro también de toda posibilidad de encuentro y ligazón erógena, buscando descomponerlo y hacerlo desvanecer.

Previamente a esta coerción disolvente de la subjetividad de las pulsiones de muerte, en oposición a las de vida, Freud (1905/2006)

establece una primera distinción de las pulsiones dividiéndolas en dos grupos: (1) Las pulsiones yoicas o de auto conservación, las cuales aspiran a la conservación, la confirmación y al engrandecimiento del yo; y (2) Las pulsiones sexuales, en las que está implicada la vida sexual infantil y funcionan con fines de conservación de la especie. Para Freud el ser humano sirve a dos propósitos principales: a) La conservación de su vida y, b) La supervivencia de la especie. La conservación y afirmación de la vida llega a exigir a menudo posiciones de violencia. Wieviorka (2005) se refiere a la violencia del sujeto en sobrevivencia, donde la amenaza recae sobre el ser mismo en confrontación mortal con un otro; la disyuntiva es suprema entre “¿él o yo? ¿sobrevivir o morir?” (p.299). En las pulsiones sexuales, por otro lado, Freud atisbaba “un componente de agresión” (1905/2006, p.143) que participa en la seducción y en el afán de doblegar al objeto sexual. El sadismo exhibe este componente separado del afán de placer sexual, o supeditándose al dolor emanado de dicho objeto. Por la vía del sadismo, Freud encontraba un erotismo franco de la violencia.

En el texto *Más allá del principio de placer*, Freud (1920/2006) sitúa la dimensión del inconsciente en un sistema de repetición que enlaza la vida con la muerte. El mismo yo de las pulsiones de autoconservación queda situado, incluso sitiado, entre la vida y la muerte. Entre una vida que es Eros, enlaces siempre expansivos de amor, y una muerte que es odio, destrucción, vemos agitarse y angustiarse al yo. Para Freud la violencia no sólo estaría del lado de las pulsiones de muerte, también del lado de las pulsiones de vida y del Eros. La violencia está en el nacimiento a la vida, en el nacimiento como ser de lenguaje. También la violencia se impone en el amor, sobre todo en su aspecto pasional que a veces culmina en crimen:

Este mundo de lo posesivo en el terreno amoroso ha propiciado muchas barbaridades. Los crímenes pasionales están basados en que uno de los implicados considera que le van a quitar algo que le pertenece. Entonces se cree con el derecho a actuar como si estuviera defendiendo la casa contra un asaltante, incluso castigar a la mujer con la muerte porque después de todo, es una posesión del hombre y con qué derecho se va a ir con otro. (Savater, 2004, p.156).

Es parte de una historia de discriminación en materia de género; prevalentemente el derecho, el privilegio, estaría en el campo de los hombres, y el deber en el campo de las mujeres. Derecho de plusvalía o de plus de goce.

El otro se presenta para el yo del individuo, lo destaca Freud (1921/2006), bajo las modalidades de ejemplo de realización, de colaborador, de objeto sexual y de enemigo. Siendo el otro predominantemente un enemigo, la muerte aparece apetecible. Sin embargo, las ligazones que urden la trama del colectivo son de identificación entre sus componentes; Freud se refiere a que los une un tipo de pulsiones inhibidas en su meta, sean estas el placer sexual o la destrucción mortífera. El otro, en este caso, no es ni objeto sexual ni enemigo a eliminar; la ternura y la identificación detienen a los sujetos para no agredirse. La violencia se frena debido a eso, pero también el narcisismo. Identificarse con el otro o brindarle aprecio al compañero supone inhibir pulsiones de muerte, pero también hay un componente erótico, por su carácter de ligazón extensiva, sin desenlace de disfrute sexual. Si se quiere que el otro aparezca y funcione como colaborador es indispensable hacer un ejercicio de identificación empática con él y de aprecio respetuoso por lo que implique su diferencia.

La violencia tiene un alcance impensado, al grado de ser pactada, de ser parte de un acuerdo de grupos y entre grupos; es violencia que se supedita a la vía la palabra; la colectividad acepta o excluye. La Segunda Guerra Mundial es uno de tantos acontecimientos históricos que dan cuenta de esa realidad colectiva de la violencia, de esa violencia que excluye y aniquila, promovida por colectivos contra colectivos. Esta guerra impactó por sus masacres genocidas, de los que tenían rasgos específicos que despojaban de humanidad al otro en calidad de enemigo. A esta modalidad de violencia la denominó Wieviorka de anti-sujeto: "El cual deniega a sus víctimas los derechos más elementales, los desubjetiviza" (2005, p.298). Para comenzar les excluye del derecho elemental, más bien fundamental, a la vida; para el régimen nazi, por ejemplo, los judíos habían perdido la condición humana, eran reducidos a la condición abyecta de animales. Y, por otro lado, los medios masivos de comunicación norteamericanos trataban a los japoneses como bestias (Zoja, 2013) incitando y haciendo plausible su eliminación.

Esta exclusión, abominación y destrucción de toda una colectividad en función de un rasgo diferencial del otro con el cual estoy en conflicto bélico, en conflicto de odio, está inscrito en lo que Freud (1921/2006) denominó en su texto *Psicología de las masas y análisis del yo*, el “narcisismo de las pequeñas diferencias”:

En una ocasión me ocupé del fenómeno de que justamente comunidades vecinas, y aún muy próximas en todos los aspectos, se hostilizan y escarnecen: así, españoles y portugueses, alemanes del norte y del sur, ingleses y escoceses, etc. Le di el nombre de narcisismo de las pequeñas diferencias, que no aclara muchas cosas. Pues bien: ahí se discierne una satisfacción relativamente cómoda e inofensiva de la inclinación agresiva, por cuyo intermedio se facilita la cohesión de los miembros de la comunidad. (p.101).

Esta inclinación agresiva, necesaria para la formación de grupos que conlleva a la sociedad, pueden derivar en el odio aniquilador más intenso, en la destrucción del otro. Con estos argumentos se plantea que la violencia no es sólo producto pulsional, emanación de pulsión de muerte, sino también aguda sensibilidad narcisista en relación a otro. Se trata de las “innumerables diferencias mínimas o mayores, que trazan los contornos de cada personalidad, que forjan los comportamientos, las opiniones, los temores y las ambiciones que a menudo resultan eminentemente edificantes pero que a veces producen heridas que no curan nunca” (Maalouf, 2009, p.36). Las mínimas diferencias pueden resultar hirientes para un yo que llega a ser sumamente ambicioso en su éxtasis narcisista.

La violencia implica al goce, como bastión más allá del principio de placer. No basta la muerte, debe haber una tortura antes de ella, incluso después de ella. Lo dicta la posición sadiana. El otro queda a menudo cínicamente socavado en su humanidad: “infinitas son las formas de la crueldad, desde el asalto y el exterminio al cuerpo del otro, hasta ese ejercicio sutil de humillación de las conciencias al menor rastro de alienación infantil” (Pereña, 2004, pp.187-188). No hay institución, familiar, escolar, laboral, que no acuda a este ejercicio cruento de la humillación de los que tienen menos poder, precisamente para ratificar condiciones de autoridad y dominio en quienes lo ejercen.

El discurso del sujeto es el que dará cuenta de cómo se ha tejido y entretejido de palabras e historias un episodio de violencia. Es el que permitirá el desciframiento, incluso, de su sinsentido abrumador, del caos que ha generado, de sus supuestas razones para abrirse paso destruyendo, de su carácter excesivo o desmesurado, de su ilusión transformadora o reformadora. Muchas veces se arguye que la violencia es un recurso inevitable para hacerse reconocer y para ser tomado en cuenta en los reclamos y exigencias que se plantean, como si no quedara otra alternativa. Allí entramos en lo que Wieviorka (2005) denominaba violencia de sujeto flotante: “es frecuente que la violencia urbana explote cuando la negación de las personas como sujetos es vivida como intolerable ante el hecho de un ‘abuso’ policiaco o de una decisión de justicia particularmente inadmisibles” (p.293). A partir de un acontecimiento violento, su ejecutor parece que deja de flotar y se afianza, sólo entonces parece que su palabra vale y merece escucharse.

La violencia instalada en la cultura del dominio

Freud discierne a la violencia como determinante estructural de la ley. El padre de la horda primordial era sumamente violento en sus celos; la única libertad posible se concentraba en él y en su poder veleidoso y abusivo. Más que un padre respetable era un padre que hacía bullir el miedo entre sus hijos y sus mujeres: “todos los hijos se sabían perseguidos de igual modo por el padre primordial y lo temían de idéntica manera” (Freud, 1921/2006, p.119). Hay un mundo de violencia antes de la implantación de la ley que vendrá a prohibir el parricidio concomitante del incesto. Es la violencia que veta a los hijos la apertura al deseo. A esa violencia responden los hijos con la violencia del asesinato del padre. Violencia abusiva del padre tiránico y violencia consecutiva para suprimir a este hacen una dupla que constituye los cimientos de la ley, la cual parece conjurar el miedo, ya sea a la violencia abusiva y celosa del otro, ya sea a la violencia por la codicia del poder.

Sin embargo, este padre representa una figura de excepción. El padre primordial carece de genealogía y de exposición a la castración. Es destacado que Freud (1929-1930/2006) lo adscriba a la prehistoria,

de hecho lo concibe “padre de la prehistoria” (p.126) porque antes de él no hay nada que contar ni que referir en términos de ley, si acaso otros mitos. Su palabra tiene fuerza de ley. Quizás sea una forma de compendiar el hecho, señalado por Lacan (2001), de que “la cultura reside justamente en que es algo que nos tiene agarrados. No la llevamos a costas sino como una plaga” (p.68). La violencia es parte de la cultura, parte de una cultura que llevamos como un fardo del cual es imposible deshacerse. Estamos plagados de cultura y de la violencia que le acompaña. Basta abrir un texto sagrado como la Biblia para advertir la presencia de la violencia en el desarrollo de la cultura. Una dialéctica impregnada de violencia en esta cultura de mandatos autoritarios y reacciones insurrectas. Es relevante la desobediencia del pueblo, la cual es encarnada por una mujer que ocupa una posición de sujeto primordial de la envidia del saber de Dios. Consumir el objeto prohibido no aplaca su ansia de ocupar el lugar del otro divino en la medida en que su “herida narcisista es radical” (Sibony, 1998, p.172). Primera promesa de elevación suprema arraigada en un consumo que debería suprimir toda falta. Primer engaño en lo que aportaría un supremo bien. El castigo será un destino sufriente para las mujeres, sobre todo en su condición irremisible de “dar a luz” (Roudinesco, 2005, p.132) ¿Qué violentó tanto a este Dios que pone por delante de su orgullosa creación al hombre? Eva se sale de su dominio portentoso, como lo hará su pueblo pertinaz en su rebeldía.

Lo que Freud (1929-1930/2006) designa como superyó de la cultura, en sus extremadas exigencias, produce síntomas neuróticos, rebelión o desdicha. Su mandamiento de “amar al prójimo como a sí mismo” resulta “incumplible” (p.138); propone un modelo de amor a partir del Yo, pero del Yo idealizado. El amor narcisista, el amor a uno mismo, pero en la realización de la perfección y la grandeza. Como si eso atajara la violencia que se puede emprender contra otro, la cual puede implicar satisfacción narcisista. Para comenzar, el prójimo está lejos de ser como uno mismo; aunque se quisiera que fuera como un reflejo de semejanza a uno mismo y que respondiera a la imagen de uno mismo, eso tampoco se cumple, las diferencias saltan y parecen ultrajantes. El prójimo no se amolda ni se acomoda a mis intereses narcisistas. Complejos como el de intrusión y de Edipo dan cuenta de un prójimo que supone una contrariedad a los anhelos narcisistas.

tas. El hecho de que el prójimo no sea como yo, el hecho de que no constituya una confirmación a mi amada imagen, puede resultar una verdadera ofensa o un agravio narcisista. En ese sentido el otro surge como fuente de angustia: “El otro deviene la causa de este peligro: del riesgo de inferioridad. Y encasillarlo como tal, sería superar el peligro. Pero la violencia que conlleva es compulsiva. Se alimenta de ella misma” (Sibony, 1998, p.175). El peligro es que el otro reduzca mi valor, mi valoración narcisista; para que ello no ocurra, la estrategia es encasillarlo, enmarcarlo, estigmatizarlo, designarlo como enemigo.

La cultura denominada de la hipermodernidad no escapa a estos ideales superyoicos incumplibles, bajos los cuales es posible que el cuerpo aparezca como un otro-enemigo contra el que se vuelcan violencias cruentas. Uno de los componentes semiológicos de lo que Rassial (2001) denomina estados-límite consiste en los ataques a la imagen corporal; se trata de cumplir allí estándares de perfección narcisista, de llevar la máxima de amar al cuerpo como a uno mismo a los confines de su opuesto: el odio. La violencia se ejerce contra un cuerpo que no se somete a los cánones de un amor narcisista regulado, empero, por un superyó de lo impecable y de lo implacable. Evidentemente observamos un culto al cuerpo que se objetiva en la oferta vasta de sitios para la mejora corporal: gimnasios, clínicas de belleza, cirugías estéticas. Pero con el superyó y sus imperativos no es fácil entenderse, pues se ajustan a la doctrina consumista del capitalismo. Es una cultura donde se trata de adquirir y hacerse de “otro cuerpo” que aplaque la persecución superyoica de la perfección. José Milmaniene, en su libro *Clínica de la diferencia en tiempos de perversión generalizada* (2010), hablaba de patologías del vacío, de un vacío que se colma con una avidez de consumo. Aquellos adolescentes que establecen una política del goce, sustrayéndose de la acción política de la rebelión, sustentan “una relación masoquista con el cuerpo” (p.39). Afiliándose a grupos en los cuales los líderes resultan ser “violentos y autoritarios” (p.41). Ellos, en cambio, son sólo líderes violentos y autoritarios con su cuerpo.

La violencia hace cultura de intransigencia con el otro, sea el prójimo o el cuerpo. El ideal de sometimiento, Freud lo proponía desde el momento en que aparecían pulsiones que podrían conducirse de

manera independiente unas de otras y del yo, de manera autoerótica. Por eso la violencia adquiere esta modalidad de hacer saber de modo ostentoso quién manda en casa; son los alardes que a menudo se observan en las “actuaciones”, más o menos teatrales, pero también frecuentemente funestas, de estilo machista. Son las actuaciones también de los jóvenes que marcan violentamente sus cuerpos como demostración de un señorío veleidoso, el cual se ve instado a ir cada vez más allá, más allá de las palabras y más en la proximidad de una muerte que se cree asible en un vértigo de megalomanía.

El sentido de la violencia

La fuerza de la naturaleza humana es el lenguaje, es la característica única y sobrevalorada que posee y que funda al sujeto; pero en la relación del sujeto con el otro (semejante, prójimo, cuerpo) puede perder su capacidad de mediar los encuentros y posibilitar el entendimiento, el sujeto puede hacerse imaginariamente rehén del poder de la clase dominante, prenda de uso de los que encarnan la práctica política del poder del capital, puede ser rehén de propósitos de violencia de dominio y domesticación de la ciudadanía. Es la condición bifronte de la palabra en relación con la violencia. Lo indica Sibony (1998), la violencia irrumpe a falta de una palabra que acuerde y apacigüe discrepancias; pero también irrumpe en función de ciertas palabras que pueden ser devastadoras. La violencia habla del “fetichismo de la palabra” (p.126) en relación con la violencia, porque igual puede conjurar o aplacar el acto violento, que promoverlo. Hay discursos que imponen y exigen el acto violento. El grito que exclama y llama al ataque es un gesto mínimo de cómo se articulan en la inmediatez de lo real palabra y acto. Pero más allá de este instante vertiginoso de violencia están las arduas maquinaciones que hacen indispensable e imperiosa una violencia sistematizada contra una nación, un pueblo, un grupo social, un individuo.

Gaulejac y Rodríguez (2005) plantean que “se acepta la existencia de una <<realidad>>, la sociedad, que pre-existe al sujeto, condiciona su existencia e influencia el sentido de sus actos” (p.32). La violencia

cobra en esa realidad social un sentido, y su posible justificación cuando se la llega a adherir a un discurso que la hace encomiable y útil. El lenguaje que gesta los vínculos sociales los dota de sentido y es capaz de adscribir sentido a la violencia que los tensa y los desgarrar. Se habla de violencia desde el principio de los tiempos en la medida en que nos encontramos con un ser humano que se sabe con un cuerpo inerme ante el poderío de las fuerzas de la naturaleza, ante el poderío de la muerte. Se suscita una “física del horror” (Cavarero, 2009, p.25), pues, más allá de la muerte, el cuerpo descompuesto resulta imposible de mirar. La sepultura será la reacción ante esta violencia terrorífica de la muerte. Si al principio era el verbo, como lo proclama San Juan, este verbo posee un poder ante el sinsentido de la muerte y sus desgarramientos de cuerpos y vínculos; este verbo dice cómo deben ser las cosas y cómo no deben ser. Le da sentido a los actos humanos, a los actos violentos; en medio de su caos y locura, les adjudica una razón posible.

Sólo el ser humano se ve impelido a darle sentido a lo que hace, aunque no siempre lo consiga. La violencia puede emerger en un vacío de sentido, como aparece un sueño o un acto fallido. Freud decía que la elaboración secundaria era un proceso que venía a actuar desde el yo para que el sueño pareciera razonable, como si fuera indispensable ponerle lógica de sentido al sueño. Muchos actos violentos aguardan una razón lógica para su locura destructiva, esperan que en un segundo momento su agente de cuenta de qué fue lo que pasó, pero frecuentemente el sujeto no puede explicar lo que pasó; puede encontrar alguna razón también, puede encontrar en alguna posición ideológica la fuerza tempestuosa que lo convenció de hacer lo que hizo. Sibony (1998) se pregunta si la ideología haría menos daño en caso de que no se tomara por la idea que hace ley, pero esta es una prerrogativa de poder a la cual no declinaría; señala que finalmente síntoma e ideología son la misma cosa: la ideología es un síntoma que genera goce y que extiende su goce a los actos que ratifican su cosmovisión hecha de fuerza de ley. Por eso es que la violencia que sumerge el sentido puede ser, a la vez, en virtud del juego lenguaje-sujeto, testimonio veraz de estancamiento de sentido.

Son fulgurantes estas ideas que hacen ley o que hacen su propia ley mediante la violencia. Guerra y terrorismo infunden sentido a la

violencia. La guerra se prende a un sentido donde intempestivamente nada resulta respetable: "Trasgrede todas las restricciones a que nos obligamos en tiempos de paz y que habían recibido el nombre de derecho internacional" (Freud, 1915/2006, p.280); toda violencia es permitida. Y en su torbellino letal confunde, como lo advierte Freud, al combatiente con el ciudadano pacífico. Pero su violencia se puede supeditar a altos designios, a ideales supremos como los que propone Napoleón en su guerra contra Rusia, quien habla de una "guerra del buen sentido" (Tolstoi, 2008, p.449), pero también de la "gran causa" y el "principio de seguridad" (p.450). Es también el sentido enaltecido del atentado terrorista: "El terrorista se confunde con su causa: esa causa existe puesto que él la defiende, es sagrada puesto que él se sacrifica por ella, y reconocida puesto que él la ha dado a conocer" (Sibony, 1990, p.14). Entonces tenemos a la violencia encadenada a la gran causa, al sentido de seguridad y del bien; la violencia implantada como dispositivo sacrificial, como inserta en la ritualización de un encuentro definitivo con Dios. Parece que en estos casos la violencia viene a abrocharse y a abrazarse con ideales del yo.

Desde una ideología del Estado, la violencia también posee sentido. Dice Freud (1915/2006) que si "el Estado prohíbe al individuo recurrir a la injusticia" (p.281), no es por un afán de suprimirla, sino porque se propone "monopolizarla como a la sal y al tabaco" (p.281); es decir, hacerla su mercancía y especular con ella. La violencia en la era del capitalismo se constituye en una especie de mercancía de Estado; de este modo se vende y negocia fragmentando las colectividades y organizando de modo siniestro caudales de injusticia. En el libro *Demonios del Edén: el poder que protege a la pornografía infantil* (2006) Lydia Cacho cita a Carlos Paris, colaborador del diario Periodistas Católicos, enunciando lo siguiente:

En efecto, al institucionalizar, reconocer y, por lo tanto, normalizar, una práctica inadmisibles para una sociedad en que los seres humanos alcancen su plena libertad y dignidad, la legislación se hace cómplice de semejante actividad. Y si, como algunos pretenden, que a través de la regulación se recauden impuestos, asistiríamos a la conversión del Estado en gran proxeneta. Esta repugnante complicidad debería ser motivo de reflexión para quienes la regulación proyectan. (p.80).

El Estado ejercita su poder con violencia, incluso en sus políticas de regulación y seguridad. Freud descubrió la relación entre sexualidad y violencia en la formación del sujeto; en Marx encontramos la relación entre violencia e historia. El Estado termina por ser regulador de la vida sexual de los ciudadanos y también llega, como reflejo especular del capitalista, a hacer del sexo negocio y del deseo mercancía. Cuando están en juego las ganancias, el Estado se alía con el gran capital de las empresas, incluso criminales, para transformar las políticas de goce de las llamadas personalidades borderline (Milmaniene, 2010) en goces de la política. La violencia es un pivote en esas políticas y en esos goces. La violencia cruza la subjetividad, arrasa con ella, pero también es cultivada por sujetos que la ejercen de manera sistematizada, que la instrumentan y especulan con sus consecuencias. Siempre es vasto su potencial político.

Conclusiones

La violencia es cuestión fundamentalmente humana. Asunto de humanos y entre humanos. Aunque a veces también entre seres humanos y entorno ambiental. O entre humanos y otras especies. Eso es posible en la medida en que sólo el hombre erotiza e idealiza su accionar violento. Sólo el hombre hace de la violencia utensilio político. Pero sobre todo porque la violencia esta asida al lenguaje que construye subjetividades. La violencia es parte de la cultura y no hay cultura que no esté, en su historicidad, surcada de escenas y acontecimientos violentos. Hemos querido dar cuenta de cómo la violencia es componente de la estructuración de la subjetividad; cómo participa de los complejos familiares que urden la trama de los lazos de amor-odio con el cuerpo y los semejantes-diferentes y cómo se condiciona su emergencia desde los avatares pulsionales que, aun siendo eróticos, implican elementos de crueldad y, aun siendo de muerte, no son necesariamente funestos. La violencia no es ajena al sentido, aunque su irrupción devastadora haga abrumador el sinsentido. Puede enseñorearse en muchos episodios en la medida en que corresponde a ideales que, como decía Freud, pueden ser colectivos.

Referencias bibliográficas

- Cacho, L. (2006). *Los demonios del Edén: El poder que protege la pornografía infantil*. México: Grijalbo.
- Castro, M. (2005). *Transgresión, goce y profanación: Contribuciones desde el psicoanálisis al estudio de la violencia y la guerra*. Bogotá, Colombia: Unibiblos.
- Cavarero, A. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Barcelona, España: Anthropos-UAM.
- Dolto, F. (2008). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Freud, S. (1905/2006). Tres ensayos de teoría sexual. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. vii). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/2006). Introducción del narcisismo. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. xiv). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/2006). De guerra y muerte. Temas de actualidad. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. xiv). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1920/2006). Más allá del principio del placer. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. xviii). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1921/2006). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. xviii). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1929-1930/2006). El malestar en la cultura. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. xxi). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Gaulejac V., Rodríguez, S. (2006). *Historia de vida. Psicoanálisis y sociología*. Querétaro, México: Universidad Autónoma de Querétaro.
- Lacan, J. (1938/2003). *La familia*. Buenos Aires, Argentina: Argonauta.
- Lacan, J. (1981). *El seminario, libro 1, Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1990). *El seminario, libro 3, Las psicosis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1999). *El seminario, libro 5, Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2001). *El Seminario, libro 20, Aún*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Maalouf, A. (2010). *Identidades asesinas*. Madrid, España: Alianza.

- Milmaniene, J. (2010). *Clínica de la diferencia en tiempos de perversión generalizada*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Monsiváis, C. (2009). México en 2009: la crisis, el narcotráfico, la derecha medieval, el retorno del PRI feudal, la nación globalizada. *Revista Nueva Sociedad*, 220(marzo-abril del 2009). Recuperado de: http://nuso.org/media/articulos/downloads/3593_1.pdf
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Recuperado de: http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/67411/1/a77102_spa.pdf
- Pereña, F. (2004). *De la violencia a la crueldad. Ensayos sobre la interpretación, el padre y la mujer*. Madrid, España: Síntesis.
- Rassial, J. J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Roudinesco, E. (2005). *La familia en desorden*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Savater, F. (2004). *Los diez mandamientos en el siglo XXI. Tradición y actualidad del legado de Moisés*. Madrid, España: Debate.
- Sibony, D. (1990). *Perversiones. Diálogos sobre locuras actuales*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Sibony, D. (1998). *Violence*. Paris, Francia: Seuil.
- Sofsky, W. (1998). *Traité de la violence*. Paris, Francia: Gallimard.
- Tolstoi, L. (2008). *Guerra y paz*. México: Tomo.
- Wieviorka, M. (2005). *La violence*. Paris, Francia: Hachette.
- Zafiropoulos, M. (2002). *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938-1953)*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Zoja, L. (2013). *Paranoia. La locura que hace la historia*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.